

en su morral, la llevó religiosamente á su casa, la trasladó, á su llegada, á un bocal donde nosotros habíamos comido la vispera las últimas guindas, y le echó encima toda el agua que quedaba en la garrafa.

Estos cuidados por una rana hubieran podido parecer extraordinarios en un hombre que la hubiese adquirido de una manera menos complicada que Alejandro; pero éste sabía lo que aquella rana le costaba, y la trataba en consideración á su coste, que ascendía á seiscientos sesenta francos, sin contar la licencia de armas.

CAPÍTULO IV

De cómo el capitán Pánfilo, comandante del bergantín mercante *La Rochelana*, hizo á orillas del río Bango mejor caza que la que había hecho Alejandro Decamps en el llano de San Dionisio.

—¡Ah! ¡oh! exclamó el doctor Thierry al entrar al día siguiente en el taller de Decamps; tiene usted un nuevo huésped.

Y, sin hacer caso del gruñido amistoso de Tom, ni de las muecas de prevención de Jacobo, avanzó hacia el bocal que alojaba á la señorita Camargo y metió en él la mano.

La señorita Camargo, que no sabía que Thierry era un médico muy sabio y un hombre muy ocurrente, se puso á nadar circularmente lo más deprisa que pudo, lo cual no le evitó ser cogida, al cabo de un instante, por la extremidad de la pata izquierda, y salir de su domicilio con la cabeza baja.

—¡Toma! dijo Thierry haciéndola dar vueltas poco más ó menos como hace una pastora voltear un huso; es la *rana temporaria*, mire usted, llamada así á causa de estas dos manchas

negras que van del ojo al timpano; que vive lo mismo en las aguas corrientes que en los pantanos, y á la que algunos autores han dado el nombre de *rana muda* porque canta en el fondo del agua, mientras que la *verde* no puede cantar sino fuera. Si tiene usted doscientas como esta, le aconsejo que les corte las patas traseras, que las sazone con pitada de pollo, que envíe á buscar á casa de Corcelet dos botellas de Burdeos y que me invite á comer; pero si no tiene más que una, nos contentaremos, si usted lo permite, con esclarecer con ella un punto todavía obscuro en la ciencia, aunque sostenido por varios naturalistas, que afirman que esta rana puede estar seis meses sin comer.

Pronunciadas estas palabras, dejó caer á la señorita Camargo, que se puso á hacer en seguida dos ó tres veces, con la rapidez gozosa de que sus miembros eran capaces, el derrotero de su bocal: después de lo cual, viendo una mosca que había caído en sus dominios, se lanzó á la superficie del agua y la engulló.

—Transijo con eso, dijo Thierry, pero no olvides que has de tener bastante para ciento ochenta y tres días.

Porque, desgraciadamente para la señorita Camargo, el año 1831 era bisiesto, y la ciencia ganaba doce horas con este accidente solar.

La señorita Camargo no pareció inquietarse por esta amenaza, y permaneció gallardamente con la cabeza fuera del agua, las cuatro patas descuidadamente extendidas, sin movimiento alguno y con el mismo aplomo que si estuviera reposando sobre un terreno sólido.

—Ahora, dijo Thierry abriendo un cajón, procedamos á amueblar la habitación de la prisionera.

Y sacó de él dos cartuchos, una barrena, un cortaplumas, dos pinceles y cuatro fósforos. Decamps le miró hacer en silencio y sin comprender nada de la maniobra, en la cual el doctor ponía tanto cuidado como en los preparativos de una operación quirúrgica; después vació la pólvora en un platillo, guardó las balas, arrojó los pelos del pincel á Jacobo y guardó los mangos.

—¿Qué mil diablos hace usted ahí? dijo Decamps arrancando de las manos de Jacobo sus dos mejores pinceles; está usted arruinando mi establecimiento.

—Hago una escalera, dijo gravemente Thierry.

En efecto, el doctor acababa de horadar, con ayuda de una barrena, las dos balas de plomo, había sujetado en los agujeros los extremos de los mangos, y en estos mangos, destinados á hacer de montantes, sujetó transversalmente las cerillas que debían servir de escalones. Al cabo de cinco minutos la escalera estaba terminada y colocada dentro del bocal, en cuyo fondo quedaría fija por el peso de las dos balas. Apenas vióse propietaria de aquel mueble la señorita Camargo, cuando empezó á probarlo, como para asegurarse de su solidez, subiendo hasta el último peldaño.

—Tendremos lluvia, dijo Thierry.

—¡Demonio! exclamó Decamps, ¿lo cree usted así? ¡Y mi hermano que quería volver á salir hoy de caza!

—La señorita Camargo no se lo aconseja, respondió el doctor.

—¿Cómo?...

—Acabo de economizarle á usted un barómetro, querido amigo. Cuantas veces trepará la señorita Camargo por la escalera, será señal de lluvia; cuando descienda, esté usted bien seguro de que hará buen tiempo, y cuando se mantenga en medio, no olvide el paraguas ó el abrigo: ¡variable! ¡variable!

—¡Toma! ¡toma! dijo Decamps.

—Ahora, continuó Thierry, vamos á cubrir el bocal con un pergamino, como si contuviera todavía todas sus guindas.

—Aquí lo tiene usted, dijo Decamps presentándole lo que quería.

—Vamos á sujetarlo con un bramante.

—Tenga.

—Después necesitaremos cera, bueno... ¡una vela! esto es... y, para asegurarme de mi experiencia (encendió la vela, selló el nudo y apoyó el engarce de su sortija sobre el sello), esto más, y ya tiene para un semestre. Ahora, continuó, haciendo con ayuda del cortaplumas algunos agujeros en el pergamino, ahora, una pluma y tinta.

—¿Ha pedido usted alguna vez pluma y tintero á un pintor? preguntó Decamps.

—Seguramente que no.

—Pues bien, no se los pida usted jamás, pues haría lo que yo: ofrecerle un lápiz.

Thierry tomó el lápiz y escribió sobre el pergamino:

2 SEPTIEMBRE 1830.

Ahora bien, la tarde de la reunión de que he-

mos pretendido dar una idea á nuestros lectores, hacia justamente ciento ochenta y tres días, es decir, seis meses y doce horas, que la señorita Camargo indicaba invariablemente, y sin haberse descompuesto un minuto, la lluvia, el buen tiempo y el variable: regularidad tanto más notable, cuanto que durante este lapso de tiempo no había engullido ni un átomo de alimento.

Así que, cuando Thierry, sacando su reloj, hubo anunciado que el último segundo de los sesenta minutos de la duodécima hora había transcurrido, y hubo abierto el bocal, un sentimiento general de piedad se apoderó de la asamblea viendo el estado miserable á que había quedado reducido el pobre animal, que acababa, á expensas de su estómago, de arrojar sobre un punto oscuro de la ciencia tan grande y tan importante claridad.

—Miren ustedes, dijo Thierry triunfante, Schneider tenía razón.

—Razón, razón, dijo Jadín cogiendo el bocal y poniéndolo á la altura de sus ojos; no está bien probado que la señorita Camargo no haya muerto.

—No hay que escuchar á Jadín, advirtió Flers, que ha sido siempre muy malo para la señorita Camargo.

Thierry tomó una luz y la mantuvo fija detrás del bocal.

—Miren ustedes, dijo, y verán cómo le late el corazón.

En efecto, la señorita Camargo había quedado tan flaca, que estaba transparente como un cristal, se distinguía todo el aparato circulatorio, y

30043
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

hasta se podía observar que el corazón no tenía más que un ventrículo y un arillo; pero estos órganos hacían su oficio tan débilmente y Jardín se había engañado por tan poco, que no valía verdaderamente la pena desmentirle, pues nadie hubiera dado al pobre animal diez minutos de vida. Sus piernas habían quedado delgadas como hilos, y el cuarto trasero se mantenía unido á la parte anterior del cuerpo tan sólo por los huesos que forman el resorte con ayuda del cual las ranas saltan en vez de andar. Habíale brotado además, sobre el dorso, una especie de musgo que, con ayuda del microscopio parecía ser una verdadera vegetación marina, con sus plantas y flores. Thierry, en su calidad de botánico, pretendía que aquel imperceptible polvo pertenecía á la familia de los lentiscos y de los berros. Nadie entabló discusión sobre ello.

—Ahora, dijo Thierry, una vez que todo el mundo hubo examinado á su placer á la señorita Camargo, es preciso dejarla cenar tranquilamente.

—Y ¿qué va á comer? dijo Flers.

—Traigo su cena en este pote.

Y Thierry, levantando el pergamino, introdujo en el espacio reservado al aire una tan gran cantidad de moscas á las cuales les faltaba un ala, que era evidente que había empleado toda la mañana en cazarlas y la tarde en mutilarlas. Todos creímos que la señorita Camargo tendría para otros seis meses; uno de nosotros no pudo menos de emitir esta opinión.

—Error, respondió Thierry; dentro de un cuarto de hora no quedará ni una.

El menos incrédulo de la asamblea dejó escapar un gesto de duda. Thierry, satisfecho de su experiencia, llevó á la señorita Camargo á su sitio habitual sin dignarse contestarnos.

No había recobrado aún su puesto, cuando la puerta se abrió y entró el dueño del café vecino, llevando una bandeja con una tetera, un azucarero y varias tazas. Al dueño del café siguieron inmediatamente dos mozos, que llevaban, en una canasta de mimbres, un pan de munición, un bollo, una ensalada, y una multitud de pequeñas tortas de todas formas y de todas especies.

El pan de munición era para Tom, el bollo para Jacobo, la ensalada para Gacela, y las tortas para nosotros. Se empezó por servir á los animales; después se advirtió á los convidados que eran libres de servirse ellos mismos como les pluguiera; lo que me pareció, salvo mejor opinión, la mejor manera de hacer los honores de la casa.

Hubo un instante de aparente desorden, durante el cual cada uno se acomodó á su gusto y según su conveniencia. Tom se llevó, gruñendo, el pan á su nicho; Jacob se refugió con su bollo detrás de los bustos de Malagutti y de Rata, y Gacela se llevó lentamente la ensalada debajo de la mesa; respecto á nosotros, cogimos cada uno, como se practica generalmente, una taza con la mano izquierda y una torta con la derecha, ó viceversa.

Á los diez minutos no había ya ni tã ni tortas.

Se llamó, en su consecuencia, al dueño del café, que reapareció con sus acólitos.

—¡Más! dijo Decamps.

El cafetero salió de espaldas y haciendo reverencias para obedecer el mandato.

—Ahora, señores, dijo Flers mirando á Thierry con aire chocarrero y á Decamps con aire respetuoso, mientras la señorita Camargo cena y nos traen otras tortas, creo que sería oportuno llenar el intermedio con la lectura del manuscrito de Jadin. Trata éste de los primeros años de Jacobo I, á quien todos tenemos el honor de conocer particularmente, y por el cual sentimos un interés demasiado cordial para que los menores detalles recogidos acerca de él dejen de adquirir una gran importancia á nuestros ojos. *He dicho.*

Todo el mundo se inclinó en señal de asentimiento: uno ó dos comensales batieron palmas.

—Jacobo, amigo mío, dijo Fau, que en su calidad de preceptor, era, entre todos nosotros, el que mayor intimidad tenía con el héroe de esta historia; ya ve que están hablando de usted, ¡venga aquí!

É inmediatamente después de estas dos últimas palabras, hizo oír un silbido particular tan conocido de Jacobo, que el inteligente animal no hizo más que dar un salto desde la tabla á la espalda del que le dirigía la palabra.

—Bien, Jacobo; la obediencia es una gran cosa, sobre todo cuando se tienen las papadas repletas de bollos. ¡Salude usted á estos señores!

Jacobo llevó la mano á su frente al estilo militar.

—Y si su amigo Jadin, que va á leer su his-

toria, dijese acerca de usted alguna cosa calumniosa, dígame que es un embustero.

Jacobo meneó la cabeza de arriba á abajo, en señal de perfecta inteligencia.

Fau y Jacobo estaban verdaderamente ligados por una amistad armónica. El animal, sobre todo, sentía por su amigo un afecto como no se encuentra muy á menudo entre los hombres. ¿De qué dependía? Preciso es reconocer, para vergüenza de la especie simiana, que no fué adornando su espíritu, como Fenelón hizo con el gran Delfin, sino halagando sus vicios, del mismo modo que obró Catalina con Enrique III, cómo el preceptor había adquirido aquella deplorable influencia. Así, pues, si Jacobo, á su llegada á París, no era más que un aficionado al buen vino, Fau le convirtió en un borracho; si no era más que un sibarita á la manera de Alcibiades, Fau le había hecho un cínico de la escuela de Diógenes; si no estaba aún perfeccionado, como Lúculo, Fau le tornó tan goloso como Grimod de la Reynière. Es verdad que él había ganado, con esta corrupción moral, una porción de gracias y adornos físicos que hacían de él un animal muy distinguido. Él conocía su mano derecha y su mano izquierda, hacía el muerto durante diez minutos, bailaba sobre la cuerda como la señora Saqui, iba de caza con una escopeta bajo el brazo y un morral á la espalda, y enseñaba su licencia de armas al guarda de campo y el trasero á los gendarmes. En suma, era un encantador mal sujeto, que no había cometido más faltas que el haber nacido cuando la Restauración en vez de nacer cuando la Regencia.

Así es que tan pronto como Fau llamaba á la puerta de la calle, Jacobo se estremecía; si subía la escalera, Jacobo le sentía acercarse. Entonces lanzaba débiles gritos de alegría, saltaba sobre sus patas traseras como un kanguro; y, cuando Fau abría la puerta, se arrojaba en sus brazos, como se hace todavía en el Teatro Francés, en el drama *Los dos hermanos*. En una palabra, todo lo que era de Jacobo era para Fau, y él se hubiera sacado el bollo del estómago para dárselo.

—Señores, dijo Jadín, si quieren ustedes sentarse y encender las pipas y los cigarros, estoy pronto.

Todos obedecieron. Jadín tosió, abrió el manuscrito, y leyó lo que sigue:

CAPÍTULO V

De cómo Jacobo I fué arrebatado de los brazos de su madre expirante, y llevado á bordo del bergantín mercante *La Rochelana*, capitán Pánfilo.

«El 24 de julio de 1827, el bergantín *La Rochelana* zarpaba del puerto de Marsella para ir á cargar café á Moka, drogas á Bombay y té á Cantón; el buque recaló, para renovar sus provisiones, en la bahía de San Pablo de Loanda, situada, como es sabido, en el centro de la Guinea inferior.

Mientras se efectuaban los cambios, el capitán Pánfilo, que hacía su décimo viaje á las Indias, tomó la escopeta, y, con un calor de 70°, se entretuvo en remontar las orillas del río Bango. El capitán Pánfilo era, desde Nemrod, el mejor cazador que hubo aparecido sobre la tierra ante Dios.

No había caminado veinte pasos entre las grandes hierbas que bordean el río, cuando sintió que el pie movía un objeto redondo y resbaladizo como el tronco de un arbusto. Al mismo tiempo,

oyó un silbido agudo, y, á diez pasos de él, vió enderezar la cabeza á una enorme boa, sobre cuya cola había andado.

Otro que no hubiera sido el capitán Pánfilo, hubiese quizá sentido algún miedo al verse amenazado por aquella cabeza monstruosa, cuyos ojos sangrientos brillaban, al mirarle, como dos carbunclos; pero la boa no conocía al capitán Pánfilo.

—¡Ira de Dios, qué reptil! ¿Acaso crees que me infundes miedo? dijo el capitán.

Y, en el momento en que la serpiente abría la boca, le envió una bala que le atravesó el paladar y salió por la parte superior de la cabeza. El reptil cayó muerto.

El capitán comenzó por volver á cargar tranquilamente su escopeta; después, sacando un cuchillo de uno de sus bolsillos, fuese hacia el animal, abrióle el vientre, separó el hígado de las demás entrañas, como hizo el ángel de Tobías, y, tras una requisa activa, encontró una pequeña piedra azul del tamaño de una avellana.

—¡Bueno! dijo.

Y metió la piedra en una bolsa donde tenía ya una docena de otras semejantes. El capitán Pánfilo era instruído como un mandarín. Había leído *Las mil y una noches*, y buscaba la piedra bezoar encantada del príncipe Caram-al-Zamán.

Creyendo que la había encontrado, reanudó inmediatamente la caza.

Al cabo de un cuarto de hora, vió agitarse las hierbas á cuarenta pasos de él y oyó un rugido terrible. Á ese rugido, todos los seres que poblaban el bosque parecieron reconocer al rey de la

creación. Los pájaros, que cantaban, enmudecieron; las gacelas, espantadas, dieron un salto y se lanzaron hacia la llanura; un elefante salvaje, que se distinguía á un cuarto de legua de allí sobre una colina, levantó su trompa, apercibiéndose al combate.

—¡Prrri... prri...! hizo el capitán Pánfilo, como si se tratara de hacer levantar el vuelo á una bandada de perdices.

Al oír este ruido, un tigre, que hasta entonces había permanecido echado sobre la hierba, se levantó sacudiendo contra sus ijares la cola: era un tigre real de los de mayor talla. Dió un salto y se acercó á veinte pasos del cazador.

—Estúpido, dijo el capitán; ¿crees que voy á disparar á esta distancia para echarte á perder la piel? ¡Prrri... prri...!

El tigre dió un segundo salto que le acercó otros veinte pies; pero, en el momento en que tocó tierra, el tiro partió, y la bala le alcanzó en el ojo izquierdo. El tigre brincó como una liebre, y expiró en seguida.

El capitán Pánfilo tornó á cargar tranquilamente la escopeta, tiró de su cuchillo, volvió al tigre sobre su dorso, hundióle el cuchillo en el vientre y le desolló como desuella una cocinera á un conejo. En seguida se rebujó con la piel de su víctima, como hiciera cuatro mil años antes Hércules nemeo, del cual pretendía descender en su calidad de marsellés, y luego continuó cazando.

No había transcurrido media hora, cuando oyó un gran rumor en las aguas del río cuyas orillas seguía. Acercóse presuroso, y reconoció

que era un hipopótamo que iba contra la corriente del agua, y que, de cuando en cuando, subía á la superficie para respirar.

—¡Diablo! dijo el capitán Pánfilo, he aquí quien va á ahorrarme seis francos en la cuenta.

Este era el precio corriente de los bueyes en San Pablo de Loanda, y el capitán Pánfilo tenía fama de económico.

En su consecuencia, guiado por las burbujas de aire que denunciaban la marcha del hipopótamo entre dos aguas, siguióle con mirada atenta y la escopeta preparada para disparar, y cuando aquél sacó su enorme cabeza, el cazador, escogiendo el único punto que tiene vulnerable, le alojó una bala en la oreja. Á quinientos pasos, el capitán Pánfilo hubiera dado un balazo á Aquiles en el talón.

El monstruo dió unas cuantas vueltas durante algunos segundos, mugiendo horriblemente y batiendo el agua con sus enormes patas. Por un instante se hubiera creído que iba á ser engullido por el remolino que, en su agonía, formaban las aguas alrededor de su cuerpo; pero bien pronto sus fuerzas se agotaron, y fué arrastrado como un fardo por la corriente; después, poco á poco, la piel blanca y lisa de su vientre apareció, en lugar de la piel negra y llena de rugosidades de su dorso, y en un último esfuerzo vino á varar, con las cuatro patas al aire, en medio de las hierbas que crecían á orillas del río.

El capitán Pánfilo volvió á cargar tranquilamente la escopeta, echó mano á su cuchillo, cortó un arbusto del grueso de un mango de escoba, le sacó punta por un extremo, le hizo

una hendidura en el otro, hundió el extremo aguzado en el vientre del animal, é introdujo en la hendidura una hoja de su cartera, sobre la cual escribió con lápiz:

«Al cocinero del bergantín mercante LA ROCHELANA, de parte del capitán Pánfilo, de caza por las riberas del río Bango.»

Después empujó con el pie al animal, que tomó la corriente del río y descendió tranquilamente hacia el mar, facturado como la maleta de un viajante de comercio.

—¡Ah! exclamó el capitán cuando vió las provisiones en ruta hacia su barco; creo que ya me he ganado el almuerzo.

Y como esto era una verdad que sólo él tenía necesidad de reconocer para que todas sus consecuencias fuesen deducidas al instante, extendió por tierra su piel de tigre, se sentó encima, sacó de su bolsillo izquierdo una calabaza con ron, que colocó á su derecha, de su bolsillo derecho una soberbia guayaba, que puso á su izquierda, y de su morral un pedazo de bizcocho que colocó entre sus piernas; luego se puso á cargar su pipa á fin de no tener ningún trabajo para después de la comida.

¿Habéis visto alguna vez á Debureau hacer con gran cuidado los preparativos de su almuerzo para que Arlequín lo coma? ¿Recordáis la expresión de su rostro cuando, al volver la cabeza, ve su vaso vacío y su manzana robada? ¿Sí? Pues bien: mirad al capitán Pánfilo, que encuentra su calabaza de ron volcada y su guayaba desaparecida.

El capitán Pánfilo, á quien el privilegio del

ministro del interior no había privado de la palabra, hizo oír el más enérgico «¡Trueno de Dios!» que haya salido de boca provenzal desde la fundación de Marsella; pero, como era menos crédulo que Debureau, como había leído los filósofos antiguos y modernos, y había aprendido en Diógenes de Laerce y en Voltaire que no hay ningún efecto sin causa, se puso inmediatamente á buscar la causa cuyo efecto le era tan perjudicial, pero sin aparentar extrañeza ni disgusto, sin abandonar el sitio que ocupaba, y disponiéndose á roer su pan seco. Volvió únicamente la cabeza unos cinco minutos, como la de una figura chinesca, aunque infructuosamente, cuando de repente un objeto le cayó sobre la cabeza y se pegó á sus cabellos. El capitán llevó la mano al sitio donde sentía el objeto desconocido y encontró la envoltura de su guayaba. El capitán alzó la cabeza y vió, directamente encima de él, un mono que se balanceaba en las ramas de un árbol.

El capitán Pánfilo alargó el brazo hacia su escopeta, sin perder de vista á su ladrón, y apoyando la culata contra el hombro, disparó. El mono cayó á su lado.

—¡Cáspita! dijo el capitán lanzando una mirada sobre su nueva víctima; he matado un mono bicéfalo.

En efecto, el animal que yacía á los pies del capitán, tenía dos cabezas bien separadas, bien distintas, y el fenómeno era tanto más notable, cuanto que una de las dos cabezas estaba muerta y tenía los ojos cerrados, mientras que la otra estaba viva y con los ojos abiertos.

El capitán Pánfilo, que quería esclarecer tan extraño fenómeno de historia natural, tomó al monstruo por la cola y lo examinó atentamente; pero á la primera inspección desapareció todo su asombro. El mono era hembra, y la segunda cabeza pertenecía á un pequeñuelo que llevaba sobre su lomo en el momento de recibir el disparo, y que había caído al suelo sin abandonar el seno maternal.

El capitán Pánfilo, á quien el sacrificio de Cleobis y de Bitón no hubiera hecho verter una sola lágrima, cogió al pequeño mono por el pescuezo, le arrancó del cadáver á que estaba abrazado, le examinó un instante con toda la atención como hubiera podido hacerlo Buffón, y, mordiéndose los labios con aire de satisfacción interior, exclamó:

—¡Demonio! es un *calitriche* (mono de color verde): esto, puesto en el puerto de Marsella, vale cincuenta francos, como un álamo negro.

Y lo metió en su morral.

Después, como el capitán Pánfilo estaba en ayunas á causa del incidente que hemos referido, se decidió á regresar á la bahía. Por otra parte, aunque la caza no había durado más allá de dos horas, había muerto, en este espacio de tiempo, una serpiente boa, un tigre, un hipopótamo, y llevaba vivo un *calitriche*. ¡Cuántos cazadores parisienses se contentarían con hacer otro tanto en todo un día!

Al pisar el puente del bergantín, vió á toda la tripulación ocupada alrededor del hipopótamo, que había llegado felizmente á su destino. El cirujano del barco le arrancaba los dientes, á fin

de hacer con ellos mangos de cuchillo para Villenave y falsas dentaduras para Desirabode; el contra maestre le levantaba la piel y la cortaba en tiras, á fin de confeccionar látigos para pegar á los perros y mojeles para sacudir á los grumetes; en fin, el cocinero cortaba pedazos de filete para asar y servirlos en *bistecs* y *entrecôtes* á la mesa del capitán Pánfilo, y el resto del animal debía ser cortado en cuartos y salado para las necesidades de la tripulación.

El capitán quedó tan satisfecho por esta actividad, que ordenó una distribución extraordinaria de ron é hizo gracia de cinco golpes de mojel á un grumete que estaba condenado á recibir setenta.

Por la noche se dieron á la vela.

En vista del refuerzo de provisiones, el capitán juzgó inútil tocar en el cabo de Buena Esperanza, y, dejando á su derecha la isla del príncipe Eduardo, y á su izquierda las tierras de Madagascar, hizo rumbo al mar de las Indias.

La *Rochelana* marchaba viento en popa, haciendo sus ocho nudos por hora, lo que, en opinión de los marinos, es un buen andar para un buque mercante, cuando el marinero de vigía gritó desde la gavia de proa:

—¡Barco á proa!

El capitán Pánfilo cogió su antejo, lo encaró sobre el buque señalado, miró primero con los ojos y volvió á mirar con el antejo; después, tras un instante de atento examen, llamó al segundo de á bordo y le puso silenciosamente el instrumento entre las manos. Aquél lo llevó en seguida á sus ojos.

—Y bien, Policar, dijo el capitán cuando creyó que aquél había tenido tiempo de sobra para examinar á su gusto el objeto en cuestión, ¿qué piensas acerca de esa falúa?

—Á fe mía digo, capitán, que tiene un talante muy gracioso. En cuanto á su pabellón, agregó mirando de nuevo con el antejo, el diablo me lleve si sé qué potencia representa: tiene un dragón verde y amarillo sobre un fondo blanco.

—Pues bien, saludad hasta el suelo, amigo mío, pues tenéis ante vos un buque perteneciente á los hijos del Sol, al padre y á la madre del género humano, al rey de reyes, al sublime emperador de la China y de la Cochinchina; y, además, yo reconozco en su cubierta atestada y en su marcha de tortuga, que no vuelve á Pekin con el vientre vacío.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó Policar rascándose una oreja.

—¿Qué piensas del encuentro?

—Pienso que sería chusco...

—¿Verdad que sí?... Yo también pienso lo mismo, hijo mío.

—Entonces, ¿es preciso...?

—Subir el hierro sobre el puente y desplegar hasta la última pulgada de lienzo.

—¡Ah! á su vez nos han visto también.

—Entonces, esperemos la noche, y, mientras llega, sigamos honradamente nuestra ruta, á fin de que no entren en sospecha. Por lo que puedo juzgar de su marcha, antes de cinco horas estaremos en sus aguas: toda la noche navegaremos á su lado, y mañana al amanecer les daremos los buenos días.

El capitán Pánfilo había adoptado un sistema. En lugar de lastrar su barco con piedras y lingotes, ponía en el fondo de la sentina media docena de pedreros, cuatro ó cinco obuses de á doce y una pieza de á ocho prolongada; después, á todo evento, había añadido algunos millares de cartuchos de cañón, una cincuentena de fusiles y una veintena de sables de abordaje. En una ocasión semejante á la que se le presentaba, hizo subir todos sus pequeños juguetes sobre el puente, sujetó los pedreros y los obuses sobre sus ejes, arrastró la pieza de á ocho á popa, distribuyó los fusiles á sus hombres y comenzó á establecer lo que él llamaba su sistema de cambio. En estas mismas disposiciones comerciales fué como le encontró al día siguiente el barco chino.

La estupefacción fué grande á bordo del buque imperial. El capitán había reconocido la vispera, un barco mercante, y habíase dormido con esta creencia y fumando su pipa de opio; pero he aquí que durante la noche el gato habíase convertido con tigre y enseñábale sus garras de hierro y sus dientes de bronce.

Se previno al capitán Kao-Kiou-Koán de la situación en que se encontraba. Acababa de tener un sueño delicioso: el hijo del Sol habíale dado una de sus hermanas en matrimonio, de suerte que creía ser cuñado de la luna.

Por eso le costó gran trabajo comprender lo que le quería el capitán Pánfilo. Es verdad que éste hablaba en provenzal y que el recién casado contestaba en chino. Al fin se encontró, á bordo de *La Rochelana*, un provenzal que sa-

bía un poco el chino, y á bordo del buque del sublime emperador un chino que hablaba medianamente el provenzal, de suerte que los dos capitanes acabaron por entenderse.

El resultado del diálogo fué que la mitad del cargamento del barco imperial (capitán Kao-Kiou-Koán) pasó inmediatamente á bordo del bergantín mercante *La Rochelana* (capitán Pánfilo).

Y como este cargamento se componía precisamente de café, arroz y té, resultó que el capitán Pánfilo no tuvo necesidad de arribar ni á Moka, ni á Bombay, ni á Pekin, lo cual le proporcionó una gran economía de tiempo y de dinero.

Esto le puso de tan buen humor, que, al pasar por la isla Rodriguez, compró un papagayo.

Cuando llegaron á la punta de Madagascar, se percataron de que iba á faltarles el agua; pero como la arribada al cabo de Santa María no era muy segura para un barco tan cargado como iba *La Rochelana*, el capitán puso á la tripulación á media ración y resolvió no detenerse más que en la bahía de Algoa. Cuando procedía á la carga de barricas, vió avanzar hacia él á un jefe de gonaquas, seguido de dos hombres que llevaban sobre sus hombros, poco más ó menos como los enviados de los hebreos el racimo de uva de la tierra prometida, un magnífico diente de elefante: era una muestra que el jefe *Otavari* (que quiere decir, en lengua gonaqua, hijo de Oriente) llevaba á la costa, en espera de obtener un pedido en la partida.

El capitán Pánfilo examinó el marfil, y encontrándolo de primera calidad, preguntó al jefe

gonaqua qué le costarían dos mil dientes de elefante parecidos al que le enseñaba. Outavari contestó que le costarían tres mil botellas de aguardiente. El capitán quiso regatear; pero el hijo de Oriente le advirtió que no había pedido más que lo justo, de suerte que el capitán vióse obligado á conformarse, lo que, por lo demás, no le costó gran trabajo, atendido á que aquel precio le proporcionaba un diez mil por ciento de ganancia. El capitán preguntó cuándo podría hacerse la entrega; Outavari exigió dos años; este plazo se ajustaba admirablemente á los compromisos del capitán Pánfilo, de modo que los dos dignos comerciantes se estrecharon la mano y se separaron encantados mutuamente.

Sin embargo, esta compra, por muy ventajosa que hubiese sido, atormentaba la conciencia mercantil del digno capitán al reflexionar que, si había obtenido el marfil á tan bajo precio en la punta oriental del África, debería encontrarlo á mitad de precio en la punta occidental, ya que era en este lado donde los elefantes estaban en tan gran número, que habían dado su nombre á un río. Quiso, pues, tener la conciencia limpia, y al llegar á los 30° de latitud, ordenó poner proa á tierra, sólo que, habiéndose equivocado en cuatro ó cinco grados, abordó la embocadura del río de Orange, en lugar de la del de los Elefantes.

El capitán Pánfilo no se inquietó por eso; las distancias eran tan cortas que no podían producir variedad alguna en el precio, y en su consecuencia, hizo echar al agua la chalupa y remontó el río hasta la capital de los pequeños namaquas,

situada á dos jornadas de la costa. Allí encontró al jefe *Outavaro* (hijo de Occidente) que acababa de llegar de una gran cacería, en la que había matado quince elefantes. No faltaron, por tanto, muestras, y el capitán pudo convencerse de que eran todavía superiores á las de Outavari.

Resultó de aquí, entre Outavaro y el capitán, un contrato mucho más ventajoso todavía para este último que el que había hecho con Outavari. El hijo de Occidente daba al capitán Pánfilo dos mil colmillos por mil quinientas botellas de aguardiente; era, por tanto, una mitad menos en el precio pedido por su cofrade de Oriente; pero, al igual que aquél, éste pedía dos años para recoger y confeccionar la mercancía. El capitán Pánfilo no hizo objeción, ni entabló discusión á propósito de este plazo; por el contrario, vió en ello una gran economía, pues no tendría que hacer más que un viaje para los dos cargamentos. Outavaro y el capitán se estrecharon la mano en señal de trato hecho, y se separaron como los mejores amigos del mundo.

El bergantín *La Rochelana* emprendió su ruta hacia Europa.»

Al llegar á este punto de la historia de Jadín, dieron las doce de la noche en el reloj del taller del pintor Decamps, hora militar para casi todos los que alojaba aquel quinto piso. Todos se levantaban ya preparándose para retirarse, cuando Flers advirtió al doctor Thierry que le quedaba una última comprobación que hacer.

El doctor cogió él bocal y lo expuso á la vista de todos. No quedaba en él una sola mosca: en cambio, la señorita Camargo había adquirido el

volumen de un huevo de pava y parecía salir de un frasco de unto. Todo el mundo se alejó felicitando á Thierry por su inmensa erudición.

Al día siguiente recibimos una esquila concebida así:

«Los señores Eugenio y Alejandro Decamps, tienen el honor de participarle la dolorosa pérdida que acaban de sufrir con la temprana muerte de la señorita Camargo, fallecida á consecuencia de una indigestión, en la noche del 2 al 3 de marzo. Se os invita á la cena fúnebre que tendrá lugar en la casa mortuoria el día 4 de los corrientes, á las cinco en punto de la tarde.»

CAPÍTULO VI

De cómo Jacobo I empezó por desplumar gallinas y acabó por pelar á un papagayo

Tan pronto como finalizó la comida fúnebre, sobre las siete ó las ocho de la noche, Jadín, cuya narración en la precedente velada había inspirado el más vivo interés, fué invitado á continuarla. La señorita Camargo, tan interesante como era, no había podido, dada la vida claustral que había llevado durante seis meses y un día en el estudio del pintor Decamps, dejar profundos recuerdos ni en el espíritu ni en el corazón de sus habituales concurrentes. Thierry era el único con quien había tenido alguna relación, y aun ésta había sido puramente científica: así resultó que el duelo causado por su muerte fué de corta duración y borrado bien pronto por la inmensa ventaja que había sacado la ciencia.

Se comprenderá, pues, fácilmente, la vuelta rápida á la curiosidad que nos inspiraban las aventuras de nuestro amigo Jacobo, contadas por un narrador tan fiel, tan concienzudo y

tan hábil como Jadin, cuya reputación como pintor estaba ya hecha por su hermoso cuadro *Las Vacas*, y como historiador por su *Historia del príncipe Enrique*, obra escrita en colaboración con el señor Dauzats, y que aun antes de su publicación gozó ya en el mundo de toda la reputación que merece. Jadin sacó, pues, de su bolsillo el manuscrito sin hacerse de rogar, y reanudó la lectura en el punto donde la había dejado.

«El papagayo que había comprado el capitán Pánfilo, era un cacatúa de la especie más hermosa, de cuerpo blanco como la nieve, pico negro como el ébano y cresta amarilla como el azafrán, cresta que se levantaba ó se bajaba según él estaba de buen ó de mal humor, y le daba lo mismo el aire paternal de un tendero cubierto con su casquete, que el aspecto formidable de un guardia nacional adornado con su gorra de pelo. Además de estas ventajas físicas, *Cacatúa* tenía una infinidad de talentos agradables y recreativos: hablaba igualmente el inglés, el español y el francés, cantaba el *God save the king* como lord Wellington, el *Pensativo* estaba el *Cid*, como don Carlos, y la *Marsellesa* como el general La Fayette.

Se comprende, pues, que, con semejantes disposiciones filológicas, no tardó mucho en extender rápidamente el círculo de sus conocimientos, de tal modo, que al cabo de ocho días, al arribar á la isla de Santa Elena, empezaba á jurar en provenzal con gran contento del capitán Pánfilo, que, como los antiguos trovadores, no hablaba más que la lengua de Oc.

Así es que, cuando el capitán Pánfilo hubo pasado, al despertarse, la revista de inspección á su barco, y visto si cada hombre estaba en su puesto y cada cosa en su lugar; cuando hubo distribuido la ración de aguardiente á los marineros y los vergazos á los grumetes; cuando hubo examinado el cielo, estudiado el mar y la dirección del viento; cuando adquirió, en fin, esa tranquilidad de alma que proporciona la certidumbre de haber cumplido sus deberes, se acercaba á Cacatúa, seguido de Jacobo, que crecía y engordaba por minutos, y que compartía con su plumado rival toda la afección del capitán Pánfilo, y le daba su lección de provenzal. Después, si quedaba contento de su discípulo, introducía un terrón de azúcar entre los barrotes de la jaula, recompensa á la cual Cacatúa parecía muy sensible, y de la que Jacobo se mostraba muy celoso; pero cuando un incidente imprevisto alejaba al capitán Pánfilo á otro lado, Jacobo se aproximaba á la jaula, metía una mano y se daba tal maña, que el pedazo de azúcar cambiaba de destino, con gran desesperación de Cacatúa, quien, con la pata en alto y la cresta derecha, lanzaba á los vientos sus más formidables cantos y los más terribles juramentos. Respecto á Jacobo, quedaba con aire inocente cerca de la cárcel donde el robado se entregaba á toda clase de manifestaciones de rabia, escondiendo, si no tenía tiempo de zampárselo, en las bolsas de sus carrillos, el cuerpo del delito, que derretía dulcemente, mientras se rascaba el costado, guiñando beatíficamente los ojos, forzado como estaba, por todo castigo, á beberse el azúcar en vez de comerlo.

Se comprende que este ataque á la propiedad mobiliaria fuese muy desagradable á Cacatúa, y tan luego como el capitán Pánfilo se acercó á él, le soltó todo su repertorio. Desgraciadamente, ninguno de sus maestros le había enseñado á gritar al ladrón, por lo que su dueño tomó esta salida por una expresión en forma del placer que le causaba su presencia, y, convencido de que se había comido su postre, se contentó con rascarle delicadamente la cabeza, lo cual Cacatúa apreciaba hasta cierto punto, pero infinitamente menos, sin embargo, que el pedazo de azúcar en cuestión.

Cacatúa comprendió, pues, que le era preciso guardar para sí solo el cuidado de la venganza, y un día que, después de haberle robado otra vez el postre, Jacobo pasaba la mano á través de la jaula para recoger las migajas, Cacatúa se dejó caer colgado de una pata, y con aire de no ocuparse más que de gimnasia, atrapó el dedo pulgar de Jacobo y le mordió con rabia. Jacobo lanzó un grito agudo, se agarró á las cuerdas y subió por ellas hasta tanto que encontró cáñamo y madera; después, deteniéndose en la punta más elevada del buque, quedó allí lastimosamente agarrado con sus tres patas al mástil, y sacudiendo la cuarta como si tuviese en ella un hisopo ó una escobilla.

Á la hora de comer, el capitán Pánfilo silbó á Jacobo, pero Jacobo no respondió: este silencio era tan contrario á sus costumbres higiénicas, que el capitán empezó á inquietarse; silbó de nuevo, y esta vez percibió una especie de gruñido que parecía responderle desde las nubes;

alzó los ojos y vió á Jacobo que daba bendiciones *urbi et orbi*; entonces establecióse entre Jacobo y el capitán Pánfilo un cambio de signos, cuyo resultado fué, que Jacobo se negaba obstinadamente á bajar. El capitán Pánfilo, que tenía acostumbrada á su tripulación á una obediencia pasiva, y que no quería que sus medidas de disciplina fuesen contravenidas por un mono, cogió su bocina y llamó á Doble-Boca. El individuo llamado apareció *incontinenti*, subiendo á reculones la escalera de la cocina, y se acercó al capitán como se aproxima el perro al guarda que le castiga: el capitán Pánfilo, que no se prodigaba con sus inferiores, señaló al grumete el recalcitrante que gesticulaba sobre la punta del mastelero. Doble-Boca comprendió al instante que se quería de él, y agarrándose á la escala que conducía á los obenques, se puso á trepar con una agilidad que indicaba que el capitán Pánfilo, al honrar á Doble-Boca con una misión tan arriesgada, había hecho una elección de las más juiciosas.

Además, se apoyaba ésta por entero, no diré sobre el estudio del corazón, pero sí sobre el conocimiento del estómago, el cual había influido mucho en la determinación del capitán Pánfilo; Doble-Boca estaba empleado especialmente en la cocina, y sus funciones eran honorablemente apreciadas por la tripulación y muy particularmente por Jacobo, que tenía gran afición á esta parte del navío. Estaba, pues, ligado por una amistad simpática con el nuevo personaje que acabamos de introducir en escena, el cual debía el sobrenombre expresivo que había reemplazado

al suyo patronímico, á la facilidad que le daba su cargo de comer antes que los demás, lo que no le impedía comer también después que los otros. Jacobo había, pues, comprendido á Doble-Boca lo mismo que Doble-Boca había comprendido á Jacobo, y de esta apreciación mutua resultó que, en lugar de echar á huir, lo que no hubiese dejado de hacer si otro que Doble-Boca le hubiera sido enviado á cogerle, Jacobo hizo la mitad del camino, y los dos amigos se encontraron sobre el mástil del que colgaba la jaula del papagayo, y bajaron inmediatamente, el uno llevando al otro, sobre el puente, donde el capitán les esperaba.

El capitán Pánfilo no conocía más que un remedio para las heridas, de cualquier naturaleza que fuesen; era éste una compresa de aguardiente, de *cachaza*, ó de ron: empapó, pues, un lienzo en el líquido citado, y envolvió el dedo herido; al contacto del alcohol y de la carne viva, Jacobo comenzó á hacer una mueca atroz; pero como él vió, mientras el capitán tenía vuelta la espalda, beber ávidamente á Doble-Boca lo que había quedado del líquido en el vaso donde habían empapado el lienzo, comprendió que el licor, doloroso como medicamento, podía ser benéfico como bebida, y, en su consecuencia, aproximó la lengua á la compresa y empezó á lamerla delicadamente, poco á poco, y tomando gusto á la cosa, hasta que acabó por chupar su pulgar.

De ello resultó que, como el capitán había recomendado que se mojase el vendaje de diez en diez minutos y sus órdenes fueron puntual-

mente ejecutadas, al cabo de dos horas Jacobo comenzó á guiñar los ojos y á mover la cabeza, y como el tratamiento seguía su curso y Jacobo apreciaba cada vez más sus efectos, acabó por caer borracho perdido en brazos de su amigo Doble-Boca, que bajó al herido á su camarote y lo acostó en su propio lecho.

Jacobo durmió doce horas seguidas, y, cuando despertó, la primera cosa que vió fué á su amigo Doble-Boca ocupado en desplumar una gallina. Este espectáculo no era nuevo para Jacobo; mas, esta vez parecía llamarle singularmente la atención; se levantó poco á poco, se acercó con los ojos fijos, examinó el mecanismo con que procedía el desplumador, y quedó inmóvil y preocupado durante todo el tiempo que duró la operación. Una vez desplumada la gallina, Jacobo, que se sentía con la cabeza un poco pesada aún, subió al puente á fin de tomar el aire.

Al día siguiente, continuaba siendo favorable el viento, de suerte que el capitán Pánfilo, viendo que todo marchaba á medida de sus deseos y juzgando inútil transportar á Marsella las gallinas que quedaban á bordo y las que, por otra parte, no había comprado como objeto de especulación, dió orden, bajo pretexto de que su salud comenzaba á resentirse, para que se le sirviese todos los días, además de su ración de hipopótamo y de puchero, una ave fresca cocida ó asada. Cinco minutos después de haber dado estas órdenes, se oyeron los gritos de un pato á quien se degollaba.

Al oír estos gritos, Jacobo descendió de la gran verga tan rápidamente, que el que no hubiese

conocido su carácter egoísta hubiera creído que corría en socorro de la víctima, y se precipitó en el camarote. Allí encontró á Doble-Boca, que llenaba concienzudamente su oficio de marmitón, desplumando el ave hasta que no le quedó el menor plumón sobre el cuerpo: esta vez, como la otra, Jacobo pareció tomar el mayor interés en la faena, la cual terminada, volvió á subir sobre el puente, se aproximó por primera vez, desde su accidente, á la jaula de Cacatúa, y empezó á dar vueltas en torno de ella, guardándose siempre de ponerse fuera del alcance de su pico; por último, aprovechando el momento favorable, atrapó una pluma de su cola y tiró de ella tanto y tan bien, que, á pesar del batir de alas y de los juramentos de Cacatúa, acabó por quedársela entre las manos. Esta experiencia, tan poco importante como parecía á primera vista, pareció, sin embargo, causar gran placer á Jacobo, porque se puso á bailar sobre sus cuatro patas, levantándose y volviendo á caer en el mismo sitio, lo cual significaba en él la manifestación del más supremo contento.

Entre tanto habíase perdido de vista la tierra y se navegaba á toda vela por el océano Atlántico; por todas partes cielo y agua, y detrás el horizonte, el sentimiento de la inmensidad. De vez en cuando, las aves marinas de largo vuelo, pero solamente éstas, pasaban y se perdían de vista en su marcha de un continente al otro; también el capitán Pánfilo, fiándose en el instinto animal que debía enseñar á Cacatúa que sus alas eran demasiado débiles para arriesgarse á emprender un viaje largo, abrió la cárcel de

su prisionero y le dió completa libertad para revolotear por sus vergas. Cacatúa se aprovechó de ella muy pronto para subir hasta el mastelero de juanete, y, al llegar allí, gozoso hasta el enajenamiento, se puso á soltar por su pico, con gran satisfacción de los tripulantes, todo su repertorio, haciendo tanto ruido él solo como los veinticinco marineros que lo miraban.

Mientras ocurría esta escena en la cubierta de *La Rochelana*, otra de muy distinto género se desarrollaba en el camarote donde estaba instalada la cocina. Jacobo, según su costumbre, se había aproximado á Doble-Boca en el momento de empezar éste la operación del desplume de las aves; pero esta vez el grumete, que había notado la atención que su camarada prestaba á su trabajo, creyó reconocer en él una vocación, desconocida hasta entonces, por el oficio que ejercía. De ahí resultó que un pensamiento de los más felices acudió á la mente de Doble-Boca: consistía este en emplear en adelante á Jacobo en desplumar sus gallinas y sus patos, mientras que, cambiando el papel, él se cruzaría de brazos y le miraría hacer. Doble-Boca era uno de esos espíritus decididos que ponen el menor intervalo posible entre la idea y la ejecución, por lo que se adelantó poco á poco hacia la puerta y la cerró, se armó á todo evento de un látigo que metió en la cintura de sus calzones, teniendo cuidado de dejar el mango perfectamente visible, y, volviendo inmediatamente al lado de Jacobo, le puso entre las manos el pato que debía ser desplumado por las suyas, y le señaló con la punta del dedo índice el mango del látigo que

contaba tomar por árbitro en caso de discusión.

Pero Jacobo no le dió lugar á recurrir á ese extremo; fuera que Doble-Boca hubiese adivinado, ó ya que el nuevo talento que suponía en Jacobo á punto de adquirir pareciese á este último el complemento obligado de toda buena educación, tomó el ánade entre sus dos rodillas, como había visto hacer á su maestro, y se puso á la faena con un ardor que dispensó á Doble-Boca de toda vigilancia cerca de él; en medio de su trabajo, y cuando él vió que las plumas desaparecían haciendo sitio al plumón, y el plumón á la carne, el sentimiento que le animaba se elevó hasta al entusiasmo; y cuando la tarea quedó terminada, Jacobo se puso á bailar, como había hecho la víspera junto á la jaula de Cacatúa.

Por su parte, Doble-Boca estaba también muy contento, y no se hacía más reproche que el de no haberse aprovechado más pronto de las disposiciones de su pinche; pero se prometió, en cambio, no dejarlas enfriar. Así es que, al siguiente día, á la misma hora, en las mismas circunstancias y con las mismas precauciones, empezó la segunda representación de la pieza de la víspera, que tuvo el mismo éxito que la primera. De suerte que, al tercer día, Doble-Boca, reconociendo á Jacobo como su igual, le anudó su delantal de cocina á la cintura y le confió por entero la partida de pavos, gallinas y ánades para desplumar. Jacobo se mostró digno de su confianza y, al cabo de una semana, había dejado ya á su profesor muy atrás en prontitud y habilidad.

Entre tanto el bergantín marchaba como un navío encantado: había dejado atrás la tierra natal de Jacobo, y á su izquierda y fuera de vista, las islas de Santa Elena y de la Ascensión, y avanzaba á toda vela hacia el ecuador. Transcurría uno de esos días tropicales en que el cielo pesa sobre la tierra: sólo el piloto estaba en su barra, el vigía en los obenques y Cacatúa sobre su mastelero; el resto de la tripulación buscaba el fresco por todas partes donde creía poder encontrarle, mientras que el capitán Pánfilo, tendido en su hamaca y fumando su *gurguri*, se hacía abanicar por Doble-Boca con una cola de pavo real. Esta vez, por rareza, Jacobo, en lugar de desplumar su gallina, habíala dejado intacta sobre una silla, habíase despojado de su delantal de cocina, y parecía, como los demás, ó postrado por el calor ó sumido en graves reflexiones. Sin embargo, esta atonía fué de corta duración, lanzó á su alrededor una mirada rápida é inteligente; después, como asustado de su resolución, recogió una pluma, la llevó á su boca, la dejó caer con indiferencia, se rascó el costado guiñando el ojo, y de un brinco, en el que el observador más meticuloso no hubiera podido ver sino el efecto de un capricho, saltó al primer escalón de la escalera; después empezó á subir perezosamente hasta llegar al puente, como un callejero que no sabe qué hacer y que va á buscar distracciones al bulevar de los Italianos.

Al llegar al último escalón, Jacobo vió el puente abandonado: hubiérase dicho que éste era el de un buque vacío que flotaba á la ven-

tura. Esta soledad pareció satisfacer á Jacobo en grado sumo; se rascó el costado, hizo castañetear sus dientes, guiñó los ojos y ejecutó dos pequeños saltos perpendiculares, cuidando de buscar con la vista á Cacatúa, que percibió al fin en su sitio acostumbrado, batiendo las alas y cantando á pico lleno el *God save the king*. Entonces Jacobo, aparentando no ocuparse ya de él, trepó por los filaretos más alejados del mástil de mesana, en lo alto del cual estaba posado su enemigo, ganó las vergas, se detuvo un instante en las gavias, trepó al palo trinquete y se arriesgó sobre la cuerda aislada que conduce al palo mesana. Al llegar á la mitad de este camino oscilante y tembloroso, se suspendió por la cola, soltó las cuatro patas y se puso á balancearse con la cabeza baja, como si no hubiese ido á aquel paraje con más objeto que jugar al columpio.

Poco después, convencido de que Cacatúa no le prestaba atención alguna, fué acercándose poco á poco á él, fingiendo que pensaba en otra cosa, y en el momento en que su rival estaba en lo más fuerte de su canción y de su alegría, gritando hasta desgañitarse y batiendo al aire sus alas, como un cochero que trata de entrar en calor, Jacobo interrumpió su aria y su júbilo, asiéndolo vigorosamente con la mano izquierda por la parte en que las alas se unen al cuerpo. Cacatúa lanzó un grito de angustia; pero nadie puso en él atención, tan postrada estaba la tripulación entera por el calor sofocante que vertía á raudales el sol en su cenit.

—¡Rayos y truenos! gritó de pronto el capi-

tán Pánfilo, he aquí un fenómeno singular... nieve en el ecuador...

—¡Ca!... ¡no! replicó Doble-Boca, esto no es nieve; es... ¡Ah, pillastre!

Y corrió hacia la escalera.

—¿Qué pasa? preguntó el capitán incorporándose en su hamaca.

—Es Jacobo que despluma á Cacatúa, gritó Doble-Boca, ya en lo alto de la escalera.

El capitán Pánfilo hizo retumbar los ecos de su navío con uno de los más enérgicos juramentos que jamás habían sido oídos bajo el ecuador, y subió en persona al puente, mientras que toda la tripulación, despertada de improviso, como si hubiese explotado la santa Bárbara, saltó á su vez sobre cubierta por todas las aberturas que presentaba el casco del bergantín.

—¡Eh! ¡bellaco! gritó el capitán Pánfilo cogiendo un pasador y dirigiéndose á Doble-Boca. ¿qué haces ahí quieto? ¡Alerta! ¡Alerta!

Doble-Boca se aferró á las cuerdas y trepó como una ardilla; pero por mucha que fué su prontitud, Jacobo demostró mayor actividad; las plumas de Cacatúa formaban una verdadera nube y caían como la nieve en el mes de diciembre. El pobre Cacatúa, viendo aproximarse á Doble-Boca, redobló sus gritos; pero en el momento en que su salvador extendía los brazos hacia él, Jacobo, que no se había apercibido hasta entonces de lo que pasaba en el buque, juzgó que su tarea habitual estaba suficientemente cumplida y soltó á su enemigo, al que no le quedaban más que las plumas de las alas. Cacatúa, perturbado en el más alto grado por el dolor y por

el miedo, olvidó que el contrapeso de su cola le faltaba, volateó un instante de una manera grotesca y acabó por caer al mar, donde se ahogó por no tener los pies palmeados.»

—Flers, dijo Decamps, interrumpiendo al lector; tú que tienes una hermosa voz, llama á la pequeña de la portera para que nos suba crema, que no tenemos ya.

CAPÍTULO VII

De cómo Tom abrazó á la hija de la portera, que subía la crema, y la decisión que se tomó con motivo de este acontecimiento.

Flers abrió la puerta y se asomó á la escalera, á fin de reclamar la cosa pedida; después volvió á entrar sin percatarse de que Tom, que le había seguido, se había quedado fuera; entonces Jardín, que al ser interrumpido en su lectura había llegado hasta la muerte de Cacatúa, fué invitado á continuarla.

—Aquí, señores, dijo enseñando el manuscrito terminado, la simple narración va á ser sustituida por las memorias escritas, en razón á la poca importancia de los acontecimientos que nos queda por contar: la ofrenda hecha por Jacobo á los dioses del mar hizo que éstos se mostraran favorables con el buque del capitán Pánfilo; de suerte que el resto de la travesía se hizo sin otras aventuras que las que dejamos relatadas; un solo día se temió un accidente funesto para Jacobo. He aquí en qué ocasión: